
DISCURSO XXXIII.

Sermon de Asuncion de Maria Santísima.

*Signum magnum apparuit in coelo:
Mulier amicta sole; et luna sub pedibus
ejus; et in capite ejus corona stellarum
duodecim.*

(Apoc., xix, 1.)

*Die autem tertio deposuit vestimenta
ornatus sui, et circumdata est gloria sua.*

(Esther, xv, 4.)

ME deleita, hermanos míos, el inesperado y prodigioso hallazgo de esa peregrina Imágen en que venerais á la más Santa de las criaturas con el título del *Pópulo y Amparo* (1). Porque veo que en un acontecimiento providencial Dios os regala la imágen de su Madre para que la honreis, y la veneréis, y la ameís con el cariño de buenos hijos.

Recrea mi ánimo la historia de su traida á Madrid, segun unos por dos, segun otros por tres individuos de vuestro mismo gremio, allá por los años de 1598 ó 1599; su colocacion provisional en la iglesia de Sras. Descalzas Reales hasta vuestra instalacion canónica, y su permanencia por espacio de ciento ochenta y dos años en la iglesia parroquial de San Miguel, hoy agregada á esta de San Justo y Pastor; y, por último, su morada y asiento en este agosto santuario, á manera de lucero del celestial firmamento que ilumina toda su feligresia: porque veo en ello la mano de Dios que dirige todos los acontecimientos de la vida; que para

(1) Congregacion antiquísima del gremio de sombrereros y gorreros, canónicamente establecida en la parroquia de San Justo de esta corte.

hacer resplandecer más la verdad de la Religion y avivar vuestra piedad, sujeta y somete hasta las obras buenas á vicisitudes imprevistas, sacándolas despues á salvo para mayor alegría de nuestro corazon.

Me edifican vuestras piadosas constituciones, más por su espíritu que por su letra; porque al observar que con solemne compromiso y firme resolucion os proponéis la mayor gloria de Dios y el mayor bien de vuestros hermanos en la fundacion del monte pio; al ver socorridas por vosotros mismos, generosa y prudentemente, las necesidades espirituales, corporales y temporales de vuestros semejantes y compañeros de oficio, lo mismo durante su vida que despues de su muerte, miro desarrollada con profusion admirable y con sencillez cristiana aquella caridad que, en expresion del discípulo amado, es el mismo Dios, y, en sentir de San Pablo, se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo, comunicado á todos nosotros.

Pero lo que con más eficacia hiere las fibras de mi alma en esta mañana; lo que más me deleita y me edifica, es que incorporando vuestro espíritu con el espíritu de la Iglesia, hayais destinado irrevocablemente, para dar irrefragable testimonio de vuestra fe, de vuestra confianza, de vuestra ternura y devocion á la más perfecta entre todas las mujeres y á la más Santa sobre todas las madres, el dia de su angelical descanso, de su Asuncion en cuerpo y en alma, y de su coronacion en la gloria como Reina de todo lo criado.

Y me entusiasma que así lo hagais, porque este dia es hecho por el Señor para que nos alegremos y regocijemos en Él. *Gaudemus omnes in Domino, diem festum celebrantes.* Porque es el dia en que el amor divino se deja ver en sus prodigiosas manifestaciones; en que la Virgen sucumbe á la muerte en fuerza del amor que tiene á Dios; en que la Señora resucita del sepulcro por el amor que la profesa Jesucristo; en que es coronada de inmarcesible felicidad, como reparadora, como mediadora, como abogada nuestra, por el amor que tiene á todas las criaturas. Último dia de todos sus combates, primero de todas sus victorias; último dia de sus padecimientos, y primero de sus goces; último tambien de sus humillaciones, y primero de sus glorias; de la gloria, católico pueblo mio, de la Emperatriz de todos los Santos; de esa gloria de que dice el Apóstol que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el entendimiento de la criatura pudo comprender; así que si vosotros os unís á la Iglesia, yo tambien; si vosotros quereis contemplar la Asuncion de Maria Santísima á los cielos, yo, interpretan-

do, en cuanto pueda, los deseos de vuestro corazón, quiero deciros algo nada más de lo muchísimo que de este misterio se puede decir, quiero presentaros la Asunción de María Santísima, antonomásticamente considerada, como el misterio de sus glorias, y también el de nuestras esperanzas.

Ave María.

El misterio de la Asunción de la Madre de Dios, y Madre nuestra, María Santísima, es el misterio de sus glorias, y al propio tiempo el de nuestras esperanzas.

Desenvolveré este pensamiento con auxilios superiores; pero al principiar, y fiel siempre á mi propósito, veré si alguna cosa me dicen las Sagradas Escrituras de la Asunción de la Virgen. Y el Evangelio nada, y los hechos de los Apóstoles ni una sola palabra. No es de fe, ni tampoco hace falta. Es de tradición, «pero una tradición apostólica y venerable, que la Iglesia proclama, que la fe del mundo profesa, que toda la antigüedad certifica, y que ha llegado á nosotros de aclamación en aclamación (1).»

Sin embargo, no es el hecho de la Asunción de la Virgen en cuerpo y en alma lo que yo quiero probaros, no; este acontecimiento misterioso no pudo ménos de ser, porque debía ser, porque Dios quiso que fuese, y fué. Lo que he de manifestaros es que Ella es el misterio de sus glorias y de nuestras esperanzas; y ved para esto lo que he recogido en los sagrados libros.

Son dos brillantísimas figuras, alegórica la una, profética la otra: la una que nos representa á María saliendo del abatimiento al tercer día del sepulcro, rodeada de su propia gloria. La otra que nos la hace ver en el cielo, rodeada de la triple plenitud de gloria que recibe, en orden á Dios, en orden á sí misma, en orden á nosotros. La alegoría y la profecía; lo figurado y lo anunciado, tienen exactísimo cumplimiento en la Hija de David, en el misterio de su Asunción y de su Coronación.

La alegoría es Esther, de quien el Espíritu Santo dice que al tercer día de sus tribulaciones y sus lágrimas se despoja de sus vestiduras y se rodea de su gloria, *Dic autem tertio, deposuit, vestimenta ornatus sui*. Es María, que al espirar el día tercero del silencio y de la tristeza de una tumba, se despoja del sudario de la mortalidad, á que se había sometido, y de la corruptibili-

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

dad, de que fuera preservada, para rodearse de su propia gloria, de la gloria de sus prerogativas y de la gloria de sus méritos; es María que sube á los cielos.

La profecía es aquella gran señal que en el *Apocalipsis* sorprende la mente de San Juan, cuando se le aparece una mujer revestida del sol, coronada de doce estrellas, y teniendo la luna por descanso de sus plantas. María, pero ya en los cielos; ya presentada á todos los siglos y á todos los pueblos, y á todos los hombres, en el misterio de sus glorias: María, vestida del sol de la Divinidad, *glorificada en orden á Dios*: es María coronada de estrellas, *glorificada en sí misma*; es María, con su pié sobre la luna, *glorificada en orden al mundo*; no para pisar al mundo, no para que el mundo perezca, sino para que el mundo se salve por Ella. Es la Virgen en el misterio de sus glorias y en el misterio de nuestras esperanzas. Reflexionemos.

Todas las obras de Dios ofrecen una armonía magnífica, ha escrito un sapientísimo filósofo de nuestros días. (1) Y yo, apoyándome en esta verdad incontestable, me atrevo á decir que esta magnífica armonía se refleja, resplandece mucho más en el misterio de la Asunción de María Santísima para ser glorificada por siglos inmortales. Las obras más grandes de Dios son los misterios realizados para la reparación del mundo y para la redención del hombre: todos estos misterios están en perfectísima armonía, en indisoluble relación con la Asunción de la Virgen, y la Señora es glorificada en orden á Dios, porque lo es en todos los misterios.

«La muerte es el eco de la vida; y los misterios de la vida de la Virgen deben hacer eco á su muerte, unirse en maravilloso concierto en el día de su Asunción, y hacer de ella la grandeza de sus grandezas, el misterio de sus misterios y la gloria de sus glorias.» (2)

Y hed aquí, católicos, que María Santísima principia á ser glorificada, para nunca dejar de serlo, en el misterio de su *predestinación* á la gracia y á la gloria. Es glorificada en su *predestinación*; por eso no se corrompe, no se pudre en la tierra la que había sido tomada de los cielos. Es glorificada en su predestina-

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

(2) Idem, id.

cion en orden á Jesucristo, que habia tomado de su Madre, y sin la que Él mismo no hubiera sido predestinado. (1) Ligada en ese misterio íntimamente con la divinidad de Jesucristo, forma una gerarquía por sí sola, y es glorificada en el día de hoy sobre los ángeles, sobre los hombres y sobre todas las virtudes de los cielos.

En su Asuncion á las moradas de la bienaventuranza, Maria no es ménos glorificada, es mucho más glorificada en orden á Dios por el misterio de su *Inmaculada Concepcion*. Hay una íntima, una indispensable relacion entre la entrada y la salida en el mundo; entre la vida y la muerte. A nuestra entrada en el mundo, en nuestra concepcion, nos espera el pecado; á nuestra salida nos aguarda la muerte, que es su castigo; y si es verdad que hemos sido regenerados del uno por el bautismo y de la otra por la resurreccion, no lo es ménos que han quedado las consecuencias temporales; la concupiscencia para el alma y la corrupcion para el cuerpo. (2) Maria Santísima en presencia y en orden á Dios, es glorificada en su Concepcion, porque inmaculada salió de las manos del Omnipotente; concebida fué sin mancha en el seno de su madre, apareció y vivió en el mundo sin pecado original, ni actual; y si como criatura se sujetó á la ley general de la muerte, que es un hecho, no fué, no quedó sujeta á su consecuencia, que es la corrupcion.

Como entró en el mundo, debia salir y salió del mundo: si pura en la vida, pura en la muerte; si incorruptible en el alma incorruptible en el cuerpo. Si perfecta, si santísima en el alma y en el cuerpo en este valle de lágrimas, glorificada por su Inmaculada Concepcion en su Asuncion gloriosa á los cielos.

Es glorificada asimismo en el misterio, centro de todos los misterios, en el de la *Encarnacion*. Tiene el misterio de la Encarnacion, dice Bossuet, un enlace particular con el misterio de su triunfante Asuncion. Recibe gloria en él, y la recibe en el alma y en el cuerpo, porque el cuerpo y el alma habia dado la Virgen, para la Encarnacion del Verbo divino.

No puedo, no quiero omitir un pasaje del Abad Guerrico (3) que arrebatada, y que dá una idea del modo de ser glorificada la Virgen Santísima en el misterio de la Encarnacion. «Venid, hace decir este discípulo de San Bernardo á Jesucristo; venid, y como

(1) Augusto Nicolás: *Plan divino*.

(2) Idem, id.

(3) Guer., Serm. II, *De Ass.*

ninguno me dió más que Vos en mi humildad, á ninguno quiero dar tanto como á Vos en mi gloria. Me comunicásteis en mi Encarnacion lo que era de la naturaleza del hombre; yo quiero comunicaros en vuestra Asuncion lo que es de la grandeza de Dios. Encerrásteis al Dios Niño en vuestro seno; recibiréis al Dios inmenso en su gloria. Habeis sido la posada del Dios peregrino; seréis hoy el palacio del Dios reinante. Habeis sido el albergue del Dios militante; seréis hoy el carro de triunfo del Dios vencedor. Habeis sido el lecho del Esposo encarnado; seréis hoy el trono del Rey coronado.» Basta; no digamos más.

Es, por último, glorificada en orden á Dios la Reina del firmamento, en el misterio final, en el misterio de la *Redencion* del linaje humano. Si la Ascension de Jesucristo es el galardón de sus padecimientos, la Asuncion de Maria ha de ser la recompensa de sus martirios, de sus dolores y de sus sacrificios. Maria padeció tanto en el cuerpo de Jesus, como Jesus padecía en el alma de Maria. Eran en la Pasion dos criaturas atravesadas con un mismo puñal; eran como un alma sola sujeta á iguales padecimientos; como dos cuerpos y una sola alma debian ser relativa y armónicamente glorificadas; y si Dios por su propia voluntad resucita al tercer día, la Virgen tambien por la virtud de Jesus, resucita tambien al día tercero; y si Jesus aparece á los hombres resucitado en la tierra, Maria se presenta á los ángeles, en cuerpo y en alma en los cielos. Si Maria estaba junto á la Cruz en cuerpo y en alma, en cuerpo y en alma está junto al trono de Dios en el cielo. Y ved sencillamente, católicos, manifestado que la Asuncion de la Virgen es el misterio de su gloria, porque es glorificada en orden á Dios; contemplémosla glorificada en orden á sí misma y en orden al género humano.

La gloria responde á la gracia. La gracia es una gloria comenzada; la gloria es una gracia consumada, ha dicho bellísima como sábiamente Augusto Nicolás, hablando de este mismo misterio. Y en esta sentencia profunda, en esta centella de radiante luz de la filosofía cristiana, aparece como indicada y próxima á desenvolverse la plenitud de gloria que Maria Santísima recibe en orden á sí misma. Pero, ¿y qué es, qué podemos comprender que sea en Maria Santísima la gracia? Figurémonos un manantial, el nacimiento de una fuente de aguas cristalinas y refrigerantes que aparece y que insensiblemente vá creciendo en uno de los

sitios más deliciosos de la naturaleza. Figurémonos que las aguas de todas las fuentes vienen como en humilde vasallaje á darse en contingente para el engrandecimiento de aquel privilegiado manantial; imaginémonos que todos los rios del mundo llegan en admirable confluencia á dar subsistencia y majestad á la que es la fuente de las fuentes; creamos, por último, ver que el inmenso, el insondable mar purifica sus salobres aguas, emblanquece y abri-lanta más sus plateadas espumas, amansa las inquietudes de sus olas, y rico de maravillas viene á depositar sus caudales en la que es ya soberana de todas las aguas del universo, y habremos podido formar una idea muy débil, pero que alguna cosa nos dice, de la riqueza de gracias que concurre en Maria Santísima.

Contempladla saliendo hermosa sobre toda hermosura del re-gazo de la omnipotencia divina, manantial de toda pureza, de toda santidad y de toda perfeccion, y figuraos que Dios desata los infinitos torrentes de su gracia haciéndolos llover sobre Maria; y buscad la gloria que ya corresponde á esta gracia. Fi-guraos que el mismo Dios, haciéndose lo que es, todo bondad, todo misericordia, todo gracias, y multiplicándose hasta lo infini-to, se posesiona de Maria, envuelve á Maria, y en proporcion de la delicada correspondencia, ved que Dios, gloria en sí mismo, gloria de los Angeles, gloria de los Santos, gloria de los cielos, y gloria infinita, se difunde en Maria Santísima; la ensalza hasta sí mismo, la coloca á su lado, y la circunda y la corona de plenu-des de gloria; y habréis podido explicaros algo muy poco, de lo que es la gracia y de lo que es la gloria en Maria Santísima; de lo que es la gloria como recompensa de su fidelidad á la gracia.

Ni se detiene aquí, cristianos, la glorificación de nuestra Rei-na y Señora; porque á la inmensa gloria, á la gloria infinita, que recompensa la gracia, se une en santísima fraternidad, la inmen-sidad, la infinidad, la santidad de la que recompensa sus perfec-tísimas virtudes. Maria Santísima, criatura humana, pero muy poco ménos que divina, porque teniendo, segun el citado Augus-to, parentesco de *consanguinidad* con el Hombre-Dios, tiene pa-rentesco de *afinidad* con toda la Trinidad Beatísima; Maria, cria-tura humana, pero hecha por sus méritos más que celestial y angélica, es glorificada en la presencia del Altísimo, por el ejer-cicio de todas las virtudes, por la riqueza de todos los dónes y frutos del Espíritu Santo, y por la posesion de todas las biena-venturanzas.

«No es glorificada la Virgen, dice el Jesuita Bourdaloue, por su dignidad de Madre de Dios, no; es glorificada por su fideli-

dad al Señor: *Beati qui audiunt verbum Dei*. Es glorificada por su profundísima humildad y su ejemplarísima obediencia: *Quia repperit humilitatem ancillæ suæ*. Por eso se nos ofrece *coronada de estrellas*, es decir, glorificada en todas las virtudes; *con la luna á sus plantas*, para expresar la gloria que tiene en orden á noso-tros, y para nuestro consuelo. » Maria Santísima, Madre de Dios, Reina de los ángeles, Madre de los hombres, aparece en el dia de su Asuncion completamente gloriosa, porque en Ella se glorifican *la fe y la esperanza* de todos los Patriarcas; *la luz y la contem-placion* de todos los Profetas; *la caridad* y el *celo* de los Apósto-les; *la fortaleza y la magnanimidad* de los mártires; *la paciencia* y *la penitencia* de los confesores; *la sabiduria y discrecion* de los doctores; *la santidad* y *la pureza* de los sacerdotes; *la soledad y oracion* de los ermitaños; *la pobreza y obediencia* de los monjes; *la caridad y limpieza* de las virgenes; *la humildad* y el *sufrimiento* de las viudas; *la fidelidad* y *la concordia* de los santos casa-dos. (1) ¡Gloria incomparable á cuya contemplacion parece que exclaman los bienaventurados haciendo coro con la increada Sa-biduria: *Multæ filiae congregaverunt divitas!*

Y la gloria de Maria crece hasta el infinito; y los cánticos que promulgan esta gloria ruedan por las regiones del firmamento, y las generaciones de los ángeles y de los bienaventurados, y de los justos, y de los pecadores, convierten en un hecho las palabras que en un dia salieron de los labios de la Señora en divina profe-cia: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Efectivamente: en Maria Santísima se glorifica hoy la posesion de todas las bie-naventuranzas; glorificase la *pobreza espiritual* con la riqueza del mismo Dios; la candorosa *mansedumbre*, con la posesion de los cielos; los *sufrimientos* y las *lágrimas*, con inexplicables y eter-nas consolaciones; el *hambre* y la *sed de justicia*, con la hartura y la fruicion de todos los goces divinos; es glorificada la *miseri-cordia* con la plenitud de poder y de voluntad para ejercerla; la *limpieza del alma* y del *corazon*, con ser el espejo donde el Señor se mira retratado; la *paz de su espíritu y de su cuerpo*, con ser la Hija primogénita del Omnipotente; la *persecucion por la justicia* y *los trabajos de todo género*, con la potestad y el mando sobre el firmamento y el mundo y sobre todas las criaturas.

Y si vemos demostrado que en orden á Dios por sus preroga-tivas, y en orden á la Señora y á los hombres, el misterio de su

(1) D. Juan Gonzalez.

Asuncion en cuerpo y en alma á los cielos es el misterio de sus glorias, ¿podemos dudar de que sea el misterio de nuestras esperanzas? Si tanta gloria, ¡cuánto poder! Si tanta gracia, ¡cuánto consuelo! Si tanta misericordia, ¡cuánta voluntad! Es este misterio el de nuestras esperanzas, y ved cómo lo dice Santo Tomás de Villanueva: «Lo es, porque hoy queda glorificada Aquella por quien el mundo fué redimido, despojado el infierno, aplastado el demonio y abiertos los cielos; queda glorificada Aquella por quien Dios descendió al hombre, el hombre subió hasta Dios, quedó destruida la muerte, el pecado abolido, restaurada la gracia y proscribida la miseria. La que reparó la ruina de los ángeles, lleva la vida á los hombres, derrama la salud en los enfermos, da libertad á los cautivos, y coloca en los cielos á los indigentes. Hoy queda glorificada la alegría de los ángeles, la corona de los hombres, la gloria de las mujeres, el ornamento de toda la Iglesia, la única esperanza nuestra que reside á la diestra de su Hijo, y la bendita por toda la eternidad (1).»

Hasta aquí el Santo, y hasta aquí yo. Católicos, no será coronado, no será glorificado sino el que pelear; Maria luchó y fué coronada y es glorificada. Religiosos congregantes, amad á la Virgen, que ha subido á los cielos; ensalzadla en el misterio de sus glorias para que realice vuestras esperanzas en esta vida, y despues que sea Ella para todos nosotros nuestra diadema con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, en la inmortalidad. Así sea.



(1) Sermon de Asuncion.

DISCURSO XXXIV.

Asuncion y coronacion de la Virgen.

*Quæ est ista quæ ascendit de deserto,
deliciis affluens, innixa super dilectum
suum?*

(Cant. viii, 5.)

No hay cosa más halagüeña y consoladora para el hombre que la verdad, y la verdad se la enseña el Cristianismo; de los labios del hombre sale solo la mentira, dicelo el Espíritu Santo. *Omnis homo mendax*. Pero lo que dice Dios, lo que Dios establece, lo que Dios ordena, todo es verdad, porque *Deus veritas est*. Es la verdad absoluta, la verdad inmutable, la verdad innegable, la única verdad tras la que la criatura puede correr, y por la que puede suspirar. Pero esta verdad que para ser abrazada, para ser comprendida y para ser amada de nosotros, necesita, digámoslo así, sensibilizarse, dispone la misericordia divina que nosotros la recibamos y la bebamos en los riquísimos afluentes del Cristianismo; esa magnífica realidad que al manifestársenos como fruto sacrosanto del árbol de la Cruz nos hace sentir todo lo saludable, todo lo infecto, todo lo pernicioso que fué á la humanidad el fruto del árbol del Paraiso: el Cristianismo, que es como el gran libro donde el Espíritu Santo ha escrito con sangre del Hombre-Dios todo el poder del Sér Supremo, todo el amor del Verbo encarnado, toda la pequeñez del corazón humano, y la historia completa de los prodigios que el Omnipotente ha obrado con el solo fin de engrandecer y de santificar este mismo corazón: el Cristianismo, que es como una segunda creacion, pero espiritual, que arranca al hombre de la abominacion, de la desolacion y del pecado: pues bien; el Cristianismo, bendita sea la misericordia de